

LA DEMOCRACIA COLOMBIANA Y LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Por Eduardo Posada Carbó

En la reciente reunión de la mesa de donantes en Londres, el 10 de julio pasado, un grupo significativo de países y organizaciones internacionales suscribió una declaración de “firme apoyo al Gobierno de Colombia” y a sus empeños “por dar solución a las amenazas a la democracia”.ⁱ Es cierto que el respaldo, lejos de ser un cheque en blanco, va atado a algunas condiciones. Pero también es indudable que la declaración es un logro diplomático de la administración Uribe, un importante reconocimiento externo de sus políticas para enfrentar los graves problemas del país. ¿Puede interpretarse dicha manifestación de apoyo – u otras similares - como un respaldo también a la democracia colombiana?

La distinción es fundamental. Y es oportuno reflexionar sobre ella al cumplirse un año del mandato del Presidente Uribe, cuya gestión ha generado tanta confianza, dentro y fuera de nuestras fronteras. Sin embargo, dentro y fuera de nuestras fronteras, existe la tendencia a fijar la atención en la figura presidencial: todas las esperanzas parecen estar puestas sólo en Uribe. No quiero sugerir que el liderazgo no sea relevante a la buena marcha de toda sociedad. Pero un énfasis casi exclusivo en el liderazgo presidencial, por encima del contexto institucional que le acompaña, alimenta diagnósticos equívocos y falsas ilusiones sobre las capacidades del Presidente, de cualquier presidente, para resolver los problemas colombianos. Sobre todo en una sociedad tan compleja como la nuestra, con una constitución plural y democrática, donde abundan las limitaciones al poder central – tanto formales, como informales. Por eso, una política exterior de largo plazo tendría que hacerle claridad a la “comunidad internacional” que el respaldo solicitado no es sólo hacia este Gobierno en particular, sino hacia la institucionalidad democrática de los colombianos.

Hay pocos motivos para la complacencia. Colombia tiene sí suficientes credenciales para reclamar su antigüedad entre las democracias del continente. Importa advertir, sin embargo, que tales credenciales son hoy objeto de desprecio – cuando no de absoluta ignorancia -, por amplios sectores de la opinión pública internacional.ⁱⁱ Entre quienes se identifican con la “izquierda” del espectro

ideológico, el desprecio se remonta por lo menos a la década de 1960, identificado entonces con su rechazo de la democracia liberal y representativa y sus simpatías históricas con el romanticismo revolucionario. Muchas de las descalificaciones recientes más duras de la democracia colombiana no provienen de sus tradicionales contradictores en la llamada “izquierda”. Allí persisten – es claro - las críticas contra el sistema. Pero a ellas se han sumado otras que es preciso reconocer.

Entre estas últimas, quisiera volver a destacar las visiones que sobre el sistema político colombiano se desprenden de algunas de las monografías publicadas por el Strategic Studies Institute, del US Army War College, cercanas por lo tanto a los sectores militares de los Estados Unidos. Con anterioridad, comenté en estas páginas los trabajos de Max Manwaring y Gabriel Marcella, quienes ponen en duda la legitimidad del Estado colombiano.ⁱⁱⁱ Otro trabajo similar es el de la Profesora Luz E. Nagle, *Plan Colombia: Reality of the Colombian Crisis and Implications for Hemispheric Security* (Diciembre, 2002). Aunque su objetivo central es una crítica a la política de paz de la administración Pastrana y los desarrollos del Plan Colombia, el ensayo de la Profesora Nagle es también una condena del sistema político y de sus élites – donde sólo parecen sobresalir la corrupción generalizada y la falta absoluta de liderazgo. Casi todos los males se les achacan a las autoridades civiles, mientras se alaban a las Fuerzas Armadas.

Lo que interesa subrayar aquí es el aislamiento en que podría encontrarse la democracia colombiana. El liderazgo en su momento del Presidente Pastrana sirvió para movilizar a la comunidad internacional en favor del proceso de paz. Hoy el liderazgo del Presidente Uribe ha motivado un firme apoyo a su política de seguridad democrática. En ambos casos, sin embargo, mi impresión es que tales respaldos se han suscitado alrededor de las figuras individuales de los Presidentes, pero con reservas sobre un sistema político cuyas complejidades se desconocen y cuya legitimidad se juzga con suma ligereza. Y con marcado menosprecio hacia sus elites y dirigencia – política y empresarial.^{iv}

En algunos niveles de la comunidad internacional – sobre todo en los gubernamentales -, existe quizá mejor entendimiento y mayor valoración de las credenciales democráticas del país. Mas abundan las sospechas, hasta entre nuestros vecinos. El problema adopta también caracteres graves en las percepciones que, sobre la democracia colombiana, tienden a dominar entre los sectores no oficiales de la comunidad internacional – la prensa, el mundo académico, las ONGs -, cada vez más

influyentes en las políticas externas de sus respectivas naciones. Falsas y equívocas percepciones que son similarmente comunes en las organizaciones multilaterales, como en las Naciones Unidas, en las que el país parece depositar tantas esperanzas.^v

La Política de Defensa y Seguridad Democrática reconoce, en efecto, que los problemas colombianos “sigue siendo mal entendido por el público en general”.^{vi} Y así lo expresa en una breve sección, donde plantea que el Gobierno “emprenderá un ejercicio de diplomacia pública para explicar el carácter particular de los problemas de Colombia dentro del contexto latinoamericano”. Pero no basta explicar que nuestro país requiere “instituciones fuertes que llenen los vacíos de autoridad y protejan los derechos de la población”, ni que ésta sea “la garantía de que se recuperará el crecimiento económico y se reducirá la pobreza”. Lo que pocas veces se dice con suficiente claridad – y lo que menos se aprecia por fuera del país –, es que esta necesaria y descomunal tarea se está desarrollando bajo patrones democráticos legítimos. Esta es además la característica que quizá define con mayor propiedad la naturaleza compleja del conflicto colombiano, una característica despreciada o ignorada por amplios sectores de la comunidad internacional.

Referenciac bibliográficas

ⁱ “Texto completo de la declaración de la mesa de donantes en Londres”, *El Tiempo.com*, agosto 10 de 2003; “Mesa de donantes reunida en Londres entrega firme respaldo político al gobierno del presidente Alvaro Uribe”, *El Tiempo*, agosto 11 de 2003.

ⁱⁱ Véanse, por ejemplo, los comentarios al respecto de Alma Guillermoprieto en su libro *Looking for history. Dispatches from Latin America* (Nueva York, Vintage: 2002). Sus ensayos sobre Colombia en este libro habían sido previamente publicados en la prestigiosa revista *The New York Review of Books*.

ⁱⁱⁱ Véase mi ensayo “Los falsos diagnósticos y el porvenir nacional”, en www.ideaspaz.org

^{iv} Véase el artículo de Julia E. Sweig, “Elite sit on the sidelines as Colombia struggles”, *Los Angeles Times*, Agosto 10 de 2003. Sweig es Senior Fellow del influyente Council on Foreign Relations.

^v Recuérdense las declaraciones de James Lemoyne, en sendas entrevistas para *El Tiempo* y *El Espectador*, el 18 de mayo de 2003. Véanse mis comentarios en “Una agenda democrática frente al conflicto”, www.ideaspaz.org

^{vi} Colombia (Presidencia y Ministerio de Defensa), *Política de Defensa y Seguridad Democrática* (Bogotá, 2003), p. 65.